

## Mensaje de Bienvenida del Obispo Mario Dorsonville

Ahora demos la bienvenida al Obispo Mario Dorsonville.

Buenas noches hermanos y hermanas. Es un honor para mí compartir estos puntos de reflexión con el Obispo Wester y con todos ustedes. La buena noticia es que ya casi terminamos. La mala noticia es que me tienen que escuchar a mí. Vamos a tratar de hacer algunos puntos para complementar lo que ustedes han podido reflexionar con todos nosotros.

Como obispo, me encanta escuchar las voces de las ovejas. Y por más de un año he escuchado las voces de la Región IV: buenos sacerdotes, magníficas religiosas, pero ante todo el laicado. Y todo lo que voy a decir evidentemente corresponde en gran parte a lo que ustedes han dicho, pero también la Región IV ha sido mi profesor en el camino del Encuentro. Gracias a todos ustedes.

Me gustaría ahondar tres puntos fundamentales con todos ustedes. En primer lugar, vamos a hablar un poco sobre la misión. En segundo lugar, sobre la inmigración. Y en tercer lugar, evidentemente, la familia.

Cuando vamos a salir a realizar una misión es prudente y sabio saber con qué herramientas contamos. Hemos visto y escuchado en muchos momentos durante la sesión, pero realmente durante todo el proceso del Encuentro que el laicado pide formación. Una formación que evidentemente debe encontrar a Jesucristo en la oración y en la vida sacramental de la Iglesia, pero también una formación que tiene que ser formal. Dada en el conocimiento claro de la Escritura y del mensaje de Jesucristo. Hay mucha anticipación para que salgamos de nuestras formas tradicionales de evangelizar y en cambio seamos una Iglesia en salida, llegando a las periferias y a las calles para encontrar a la gente que realmente necesita escuchar al mensaje de Jesucristo.

Para poder proclamar la Buena Nueva, hay una enorme necesidad de formación. Una de las recomendaciones más importantes de nuestros líderes es la que afectará a la calidad del trabajo que se desarrolla en nuestras parroquias: la formación. Nadie puede dar lo que, desafortunadamente, no han recibido. Y es nuestra responsabilidad hacer que pase ahora. Levantar al liderazgo hispano tiene que ser una acción en conjunto, una iniciativa que viene de las diócesis y parroquias, en colaboración con institutos de educación superior para promover entrenamiento continuo y formación catequética para los que desempeñan un papel importante en la vida de nuestras comunidades y de los creyentes. Al explicar esta acción de formación en la fe, tenemos que buscar oportunidades para incluir al desarrollo profesional, a las necesidades especiales, a la diversidad cultural, a los adolescentes, a los jóvenes y a las familias.

El Encuentro ya ha tenido un impacto en nuestra Iglesia local y en nuestro sistema de escuelas católicas, al demostrar la necesidad de aumentar las inscripciones de niños de nuestras comunidades inmigrantes. La presencia de los inmigrantes, en lugar de ser una amenaza, es un don y una oportunidad. Los inmigrantes somos un don para la Iglesia de los Estados Unidos. Pero, aumentar y crecer las inscripciones, es una oportunidad más allá de alcanzar las metas de inscripción. Hay una necesidad de ver nuestra interacción con las familias inmigrantes como una misión en el desarrollo, en lugar de simplemente una necesidad de financiar nuestras operaciones escolares. Si estamos formados, estamos listos, todos nosotros, a salir para desarrollar esta misión.

Ahora vamos a hablar de la peor pobreza que un ser humano puede tener en la vida y en el mundo entero y me refiero a aquellos que no tienen voz y que no tienen rostro. Como lo dice su santidad, el Papa Francisco, en nuestra acción de evangelización debemos movernos de una cultura de la indiferencia a una cultura de la solidaridad. Recuerdo cuando era joven y salíamos a los barrios marginales. Nuestros directores de misión decían: "Háblenles de Dios, háblenles del Evangelio, pero si esas familias y esos niños tienen hambre, primero denles de comer antes de hablarles del Evangelio". ¿Cuál es la realidad en nuestro momento para evangelizar nuestro pueblo hispano? Hermanos y hermanas, pasamos por un momento difícil. Nuestras familias están siendo separadas y divididas. Nuestros niños están siendo arrebatados de sus papás. Y la tragedia humana toca a nuestra comunidad todos los días en nuestras ciudades y en nuestras calles.

Este drama ha continuado por meses y años y todavía no vemos una solución clara para nuestro sistema roto de inmigración. La Iglesia, nuestra Iglesia, está llamada a acompañar y entrar en solidaridad con los que se sienten rechazados y aislados. ¿Quién no ha visto a un inmigrante en lágrimas por su condición de inmigración? Todos hemos sido testigos de las lágrimas que muchos han derramado en nuestra presencia. Tenemos que hacer memoria de las enseñanzas del que vino hace 2,000 años y nos dio su Evangelio donde enseña: Bienaventurados los que reciben al forastero. Si realmente nos movemos con compasión, este mundo y esta nación, pueden ser, o pueden tener un futuro. Nadie puede construir su felicidad sobre las lágrimas y frustración de otros. Yo pienso que es importante que recordemos eso.

Por último, pero más importante, la familia es la célula fundamental de la Iglesia. Ahora quiero reflexionar con ustedes acerca del poder catequético de la familia. ¿Quién fue enseñado por papá y mamá a rezar? Todos somos conscientes de que la familia, papá y mamá, nos enseñaron a orar y fueron colaboradores del programa de catequesis de nuestras parroquias. Nuestras familias están inmersas en la cultura del materialismo. Y la única forma de decir no al materialismo y consumismo, es poner nuestros ojos más allá de esta tierra. La cosa más importante que podemos experimentar, nuestros papás nos enseñaron, es amar al cielo como nuestro último fin. Somos inmigrantes del cielo. Recuerden eso. Clave para la formación de nuestros niños, y de nuestros jóvenes, es promover el compromiso y la transmisión, por parte de los papás de una serie de valores morales y enseñanzas del Evangelio, pero no solo por palabras, sino por el testimonio verdadero de la vida. Nuestra Iglesia tiene que moverse de fórmulas de profesión de fe a la vida real y las acciones que definen la presencia del Espíritu Santo en nuestro trabajo cotidiano. Lo cotidiano debe estar bañado del Espíritu Santo.

En conclusión, el V Encuentro de la Pastoral Hispana, nos enviará en una misión. Una misión que tiene que desarrollarse entre nuestra gente, en nuestras parroquias, y movimientos eclesiales, una misión que se extiende a nuestras escuelas y universidades. Una misión que tiene que ser cumplida principalmente en medio de nuestras familias dentro de una iglesia doméstica. Únicamente fomentando la iglesia doméstica, vamos a obtener, por las bendiciones de Dios, los sacerdotes hispanos que necesitamos en los Estados Unidos, las religiosas consagradas y los laicos comprometidos. La familia es el semillero del presente y del futuro de nuestra Iglesia.

Y ahora el último pensamiento para que lo reflexionemos todos. Como discípulos somos enviados a proclamar el amor de nuestro Dios. Ahora es el momento para que cada uno de nosotros hagamos el compromiso: lo voy a hacer. No él que está a mi lado. No puedes esperar a que tu vecino lo haga. Tú lo tienes que hacer. Esta es la única forma en que el Encuentro pueda continuar viviendo en nuestros corazones y en nuestros espíritus. Si yo digo que sí, realmente lo quiero hacer. Hagamos memoria de lo

que la enseñanza de la Sagrada Escritura nos recuerda: Dios nos está llamado por nuestro nombre, como lo hizo hace más de 2,000 años cuando llamó a María, la Virgen, nuestra Virgen. Y como sus hijos, somos invitados a seguir su ejemplo generoso, y contestar a la voluntad de Dios. Debemos hacer sus palabras las nuestras. "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". ¡Que Dios los bendiga y que viva el Encuentro!